

# La madurez de los pueblos y la función de ciertas drogas psicoactivas

Dr. Josep M<sup>a</sup> Fericgla

Conferencia inaugural del  
Congreso internacional *Cultura y Droga*<sup>1</sup>

## I.

Forma parte de la naturaleza humana sentir una necesidad innata de vivir experiencias trascendentes que den sentido, plenitud y orientación a su existencia cotidiana. Como cualquier otra necesidad humana, la intensidad con que se experimenta varía considerablemente de una edad a otra, de un sujeto a otro y de un pueblo a otro. Es sabido que ni la necesidad de comer, de mantener relaciones sexuales o el gregarismo es experimentado igual por un anciano que por un joven, o por un individuo u otro. También la necesidad innata de vivir experiencias trascendentes se manifiesta de distinta forma según sea el estilo o modo cognitivo dominante en los diversos individuos, pueblos o periodos de la historia conocida.

En algunos contextos culturales, la necesidad de vivir experiencias trascendentes aparece dentro de las prácticas chamánicas, como sucede en los pueblos animistas. En otros contextos etnográficos, dentro de sistemas rituales como en los de posesión en el África negra, en procesos autopoyéticos, en los métodos y doctrinas extáticas tradicionales en el Oriente, en espacios de retiro religioso como entre los místicos cristianos de la Edad media y demás. Veamos algunas necesidades universales en cuya satisfacción intervienen las drogas.

a) Forma parte del ser humano la necesidad de escapar a ratos de la presión de la realidad cotidiana para descansar de ella. No me refiero a una huida permanente fantaseando sobre la realidad de forma infantil o narcisista, sino simplemente a descansar de la presión de la cotidianidad para regresar a ella con fuerza renovada.

b) Forma parte de la historia conocida del ser humano el intento permanente de buscar recursos para ampliar su experiencia global de la realidad, especialmente en referencia al gran olvido de dónde venimos antes de nacer y de la gran Nada a la que regresamos después de la última expiración. De ahí que la experiencia de la muerte ha estado siempre muy próxima al uso de drogas visionarias o enteógenas que, según diversos pueblos, facilitan el contacto con el más allá, con el espacio de los dioses y los antepasados. Para satisfacer esta necesidad de ampliar la experiencia global de la realidad, además del consumo de ciertas drogas, se han usado técnicas de exploración y comprensión del inconsciente, sistemas de meditación liberadora del dualismo mate-

---

<sup>1</sup> Conferencia inaugural del Congreso internacional *Cultura y Droga*, organizado por Universidad de Caldas y la Universidad Politécnica de Pereira, Colombia, los días 4 a 6 de mayo de 2006 en Manizales, Colombia.

rialista y cerrado, múltiples métodos de respiración catártica y, en las últimas décadas, la propia tecnología de vanguardia y la física de las posibilidades están aportando recursos para ampliar nuestra experiencia de la realidad.

c) Forma parte también de las necesidades básicas de los pueblos pequeños y de las sociedades complejas el disponer de algún medio para desarrollar y mantener la solidaridad social, frenando la tendencia entrópica natural en todo colectivo. Por otro lado, las sociedades que han alcanzado cierto grado de complejidad necesitan factores de apoyo a su expansión, sea por medio del intercambio directo de productos o sea por medio de un intercambio indirecto, como es el dinero.

d) Forma parte del ser humano, incluso del anacoreta solitario, la necesidad de potenciar las relaciones interpersonales como espacio donde reafirmar su identidad, como campo de intercambio afectivo y de educación emocional.

e) Forma parte del ser humano saludable la necesidad de vencer la fatiga como estrategia para aumentar la productividad. Esto es válido también para los pueblos cazadores recolectores, ya prácticamente extintos, puesto que el uso de sustancias para vencer la fatiga existía mucho antes de la aparición del mercantilismo capitalista.

f) Forma parte del ser humano adulto tomar decisiones cruciales para sí mismo y su grupo. Para ello necesita disponer de técnicas útiles que le apoyen en esta actividad fundamental que genéricamente denominamos *la toma de decisiones*. De ahí el desarrollo, ya arcaico en nuestra historia como especie, de métodos predictivos tales como la lectura de huesos calcinados entre pueblos nativos siberianos, el I Ching taoísta, los diversos sistemas calendarios egipcios, aztecas, incas o agrícolas europeos que permitían la previsión, la búsqueda de visiones oraculares por medio de sueños o por efecto de drogas y las técnicas intuitivas. Todo ello hoy ha sido transformado en sistemas estadísticos de previsión aproximativa y en el modo cognitivo heterogeneístico que surge coincidente con las aportaciones de la moderna física cuántica o física de las posibilidades.

Esta rama de la ciencia nos dice que nada de lo que creemos sobre la realidad tal y como la describió la física clásica es cierto, pero no nos dice qué es la realidad, y cuando el sujeto pregunta sobre la naturaleza de la realidad, en cierta forma la física de las posibilidades le responde que es bastante adulto para responder por sí mismo, dejando el acto mismo de la toma de decisiones como un atractor o punto generador de realidades.

Para satisfacer estas múltiples necesidades que forman parte del ser humano, hemos usado drogas psicoactivas de diversa familia química y fenomenológica desde que hay registro de nuestra actividad como seres vivos de la especie *homo*. No solo las hemos usado para intereses individuales, sino que los psicotropos han sido un potente propulsor del comercio, de la expansión política de los múltiples imperios y de las experiencias extáticas más sublimes, fundamento del que han surgido los diversos textos sagrados de la humanidad, los denominados Libros Revelados: la Torá judía de la que evolucionó el texto místico del Zohar, las diversas Biblias cristianas, los enseñanzas místicas contenidas en los *Upanishad* hindúes y los himnos sagrados conocidos como Rig-Veda, Sama-Veda y Yajur-Veda, compuestos entre 1500 AC y 900 AC, el Corán musulmán o las enseñanzas de Buda.

En este sentido, solo recordar que, para mencionar un ejemplo americano, el tabaco es la verdadera droga americana, es una de las plantas de cultivo más antiguo registrado por nuestros paleobotánicos y es uno de los especímenes vegetales de mayor distribución geográfica en ambas Américas. Antes del contacto con los europeos, los nativos americanos consumían en contextos altamente formalizados, diversas drogas, además del tabaco, para acceder al mundo sobrenatural, para potenciar las relaciones interpersonales, para curar dolencias, buscando la emoción extática y para es-

estructurar sus sociedades entorno de los ritos iniciáticos, a su vez tejidos alrededor del consumo de psicotropos. No se conoce que los nativos americanos usaran drogas para escapar de la rutina diaria en el sentido actual, ni para inducirse estados o actitudes reflexivas.

En el mismo sentido se puede hablar de las uvas, principal fuente de alcohol por fermentación, cuya distribución fue casi total en el Viejo Mundo allí donde el clima lo permite, y ya desde los primeros registros de que disponemos anteriores al neolítico. Cuando Noé, tras el universal Diluvio, salió de la arca bíblica, de los primeros actos que realizó fue plantar vides para producir uva de la que extraer el embriagante vino que tanto anhelaba y que, aunque completamente desactivado de su función original, sigue siendo el elemento simbólico central de la ceremonia católica de la Misa.

¿Cuál era la diferencia entre aquel consumo tradicional y el actual uso de los psicotropos en nuestras sociedades? La principal diferencia era el imperativo que existía, y existe aun en tales pueblos, que obligaba a fijar unas reglas de juego claras y firmes. Las drogas eran usadas para definir la posición social de cada persona, para fomentar los lazos de pertinencia e incluso se usaban las drogas para regular el propio acceso a ellas.

Por ejemplo, entre aztecas e incas, solo el especialista religioso que se había formado previa y arduamente en el arte de la interpretación religiosa estaba autorizado a consumir psicotropos. En tales sociedades precolombinas, desde este punto de vista probablemente más maduras que las nuestras actuales, las drogas estaban reguladas por restricciones consuetudinarias con un fin claro: confirmar el sistema social existente y los valores culturales prevalecientes.

Es de todos conocida la historia que siguió al contacto cultural americano: las drogas de nueva introducción, principalmente las bebidas destiladas, no estaban sujetas a limitaciones. Sin pautas razonables y experimentadas que regularan su uso, las personas consumieron las nuevas drogas por placer personal y como escape a la presión cotidiana que iba aumentando, precisamente, a raíz del contacto con el mundo europeo, y sin conocer ni reparar en posibles consecuencias. Eran maduros en el uso de sus psicotropos tradicionales e inmaduros en el consumo de los de nueva llegada, lo cual facilitó el camino a la imposición de nuevos valores. Es un proceso equiparable al acaecido en el Occidente contemporáneo con la llegada, en la década de los años 1960, de las que entonces eran las nuevas drogas: LSD-25, mezcalina, marihuana, cocaína y derivados opiáceos. La principal diferencia consistió en que el cristianismo primero, y la industrialización y las Leyes más tarde, liquidaron el consumo maduro y experimentado de las drogas europeas tradicionales, básicamente el alcohol y el opio y, en algunas regiones del Viejo Mundo, la seta visionaria Amanita Muscaria, mandrágora, tomatillo del diablo, beleño y otras. Al suprimir el consumo tradicional de psicotropos, hicieron desaparecer también los conocimientos técnicos, rituales y psicológicos que envolvían tal consumo y protegían a las personas de un uso perjudicial o peligrosamente aventurero. Así pues, tras un primer contacto con el mundo europeo y sus drogas etílicas producto de la destilación, los indígenas americanos han regresado – como han podido, todo hay que decirlo – al consumo tradicional de sus drogas extáticas (peyote, ayahuasca, tabaco, brugmansias) y esta práctica se está convirtiendo hoy en parte del núcleo de resistencia a la desaparición de sus valores culturales tradicionales.

Desde una óptica de las superestructuras socioculturales, hay una relación clara e indiscutible entre la calidad necesaria para completar ciertas tareas y la composición bioquímica de dietas que contengan drogas psicoactivas. Así por ejemplo, la ingesta de sustancias que aumentan o estimulan la sensibilidad cortical, tales como la marihuana, hachís, opio, cocaína, nicotina y alcohol, se prefiere laboralmente al consumo

de sustancias visionarias como son el peyote, daturas y brugmansias, hongos psicóicos, ayahuasca o don Diego de día.

En este mismo sentido, también existe una marcada relación entre las formas de subsistencia, la complejidad política y el consumo relativo de alguna droga que actúa de inductor laboral. Me refiero a las drogas usadas desde tiempos inmemoriales para atraer y motivar a los individuos para que trabajen, esté ello conforme a las Leyes vigentes o no. En la Colombia actual tenemos algún ejemplo: el caso de la marihuana que se distribuye por parte de los contratistas entre los peones que trabajan en los cafetales, y que constituye una de las monedas de pago pactadas antes de empezar a trabajar. La marihuana que se consume entre semana y, a veces, el bazuco para los fines de semana es una estrategia de los contratistas para atraer a los recolectores.

También desde este mismo punto de vista superestructural, podemos afirmar que, con frecuencia, las drogas han sido usadas para inducir y fomentar el comercio en situaciones de contacto cultural. Por ejemplo, en aquellas circunstancias en que el equilibrio de poder entre un Estado en expansión y una población indígena es tal que es difícil motivar a los nativos trabajadores para que suministren las cantidades adecuadas de bienes de consumo acordes a los intereses del Estado. O, por ejemplo, las drogas también han sido y son usadas para mantener una actividad laboral constante.

En su momento, también fueron especialmente útiles las drogas en el caso de comerciantes aislados de Norteamérica o entre los caucheros repartidos por la cuenca amazónica que operaban más allá de las fronteras de su propia sociedad. Así mismo, fueron usadas en los contactos con pueblos cazadores recolectores que no querían acatar las rígidas leyes de los Estados modernos para doblegar su voluntad o atraerlos hacia los intereses del Estado.

Es casi una constante histórica el hecho de que antes del establecimiento efectivo del control imperial o colonial sobre pueblos indígenas y sobre territorios ocupados, solía y suele haber una distribución de psicotropos para facilitar —o forzar directamente— el proceso de enculturación. Así por ejemplo, ha sido característica de muchas situaciones fronterizas, desde los tiempos antiguos a los modernos, el comercio de vino y más tarde de alcoholes destilados para debilitar los lazos sociales de poblaciones bien integradas, acelerando con ello un proceso entrópico.

De la misma manera, las guerras del opio entre Gran Bretaña y China fueron provocadas, en buena parte, por la necesidad de los británicos de comercializar una droga con gran demanda en China, el opio, que les permitiera pagar sus importaciones masivas de té, pago que los chinos exigían originalmente en plata. Una situación paralela y actual fue la distribución de heroína que, según se afirma en fuentes extraoficiales, el Estado español favoreció en el País Vasco a finales de los años 1960 y hasta los 80 para minar las reivindicaciones nacionalistas e independentistas de este pueblo frente a la hegemonía de un Estado históricamente impuesto desde Castilla. De ahí, que según se afirma entre los propios vascos, el grupo terrorista ETA, durante años tuvo como uno de sus objetivos eliminar traficantes de heroína que operaban en el País Vasco para tratar de frenar la distribución de este opiáceo entre los jóvenes y, con ello, el proceso de abandono de la militancia independentista en manos del cuestionable bienestar que produce la heroína.

En cambio, una vez se ha institucionalizado el control sobre una sociedad y se ha desarrollado plenamente la infraestructura del poder colonial o estatal, las razones socioeconómicas para usar drogas pasan de estar focalizadas en el propósito de obtener trabajadores y bienes comerciales, al propósito de maximizar la producción de una forma tan eficiente y barata como sea posible. Esta segunda situación exige otro tipo y estilo de consumo y de estupefaciente.

En general, esta segunda situación entraña un control más duro de la población que la primera etapa, dirigida solo a la obtención de mano de obra o de bienes y asociada simplemente al establecimiento de alguna forma de comercio o de intercambio laboral.

El uso de alimentos con contenido psicoactivo para potenciar el trabajo, en general presupone alguna forma de rígido control político directo o indirecto sobre la población. Con este fin, las drogas a menudo son una alternativa conveniente al uso de la fuerza militar y, por tanto, suelen ser elegidas sobre la fuerza bruta por su mayor eficacia, rentabilidad económica y facilidad de empleo.

Diversos investigadores han sugerido que esta aplicación política y económica de las drogas en la época moderna estuvo estrechamente relacionada con la necesidad de disponer de mayores efectivos laborales para la industria occidental, tanto como por las situaciones meramente coloniales.

La producción y suministro de productos laboral y económicamente tan provechosos como el azúcar (por su gran contenido calórico), el té y el café (por su preciada carga de cafeína), el tabaco o la coca (como energizantes mentales) revolucionaron los hábitos cotidianos en Europa y América del Norte. No es por accidente en el comercio legal de fármacos, alcohol y tabaco constituya una inmensa fuente de ingresos para los gobiernos y las corporaciones multinacionales, verdaderos gobiernos que imparten sus órdenes desde la sombra, mientras que el comercio ilegal de cocaína refinada y productos opiáceos genere enormes sumas de dinero para traficantes, políticos, banqueros y otras instituciones que protegen y albergan estas gigantescas cantidades de dinero.

El ser humano busca el efecto de estas drogas energizantes y estimulantes como mecanismo para combatir el cansancio, de ahí que fácilmente se conviertan en herramienta de manipulación social en contextos donde el trabajo ha pasado de ser una actividad de subsistencia a convertirse en una real maldición, en nuestro caso maldición estatal —léase los impuestos desmedidos— además de bíblica.

## II.

Tras exponer hasta aquí y de forma esquemática el uso social y político de las drogas, y una vez dejado claras las relaciones que se dan en este campo en referencia al consumo de drogas, regresemos el espacio al que quería conducirles: el tema de la madurez de las culturas y los estilos cognitivos en relación al consumo de psicotropos. De entrada no son, precisamente, conceptos claros ni simples y espero que llegado aquí se pregunten ustedes: ¿qué significa “madurez”? Incluso que se pregunten: ¿qué significa “cultura”?

Empecemos pues por buscar términos de referencia que nos permitan una mínima comprensión objetiva del tema. ¿Qué significa madurez? Etimológicamente, el vocablo madurez proviene del latín *matururs*, que significaba exactamente lo mismo que hoy, despliegue máximo de las capacidades de un sistema. Como dato interesante, cabe mencionar que había una acepción de *matururs* que venía a significar “acelerar”, de aquí algunos términos actuales del castellano y del portugués como “madrugar” que en su etimología venía a significar “llegar a destino con rapidez”.

Por otro lado, maduro o madura no son adjetivos estáticos sino que se refieren a un estado dinámico. Llegar a la madurez no es llegar a la adultez. Ser adulto es algo culturalmente prefijado: en una sociedad se es adulto a los dieciséis años y en otras hay que esperar a los dieciocho, en una se es adulto al casarse mientras que en otras el matrimonio puede pactarse a cualquier edad. En cambio, la idea de madurez tiene que

ver con *el despliegue progresivo de las capacidades naturales de un ser*. En el caso humano, con la adquisición y uso de un cierto estilo cognitivo, con tener claramente asumidos los objetivos de la propia existencia y los medios adecuados para alcanzarlos.

Los humanos nacemos siendo un saco de potenciales psíquicos, físicos, emocionales y espirituales. Durante la vida desarrollamos algunos y otros lo dejaremos como meras capacidades nunca realizadas. No obstante, alcanzado un cierto nivel de despliegue de nuestras capacidades solemos decir que alguien “es una persona madura”. Por tanto, uno nunca es completamente maduro porque no desplegamos jamás la totalidad de nuestras capacidades, aunque sí se puede ser casi completamente inmaduro durante toda la vida. La madurez total forma parte de los ideales y, como tal, se trata de una meta inalcanzable en su totalidad pero que sirve de orientación al proceso evolutivo individual y colectivo.

Permítanme ahora otro salto momentáneo de referentes. Aunque ciertamente me estoy refiriendo a la esfera de lo colectivo voy a entender, en primer lugar, la madurez en relación a términos de referencia de lo individual y más tarde de lo social.

En términos individuales, no asociamos la madurez humana a, por ejemplo, riqueza, acumulación de teorías en la mente de un individuo, ni tan solo a la edad biológica (¡hay tantos ancianos inmaduros!). Alguien puede ser un rico anciano erudito y, a la vez, dramáticamente inmaduro que persigue chicas jóvenes, que es incapaz de mantener una relación interpersonal con cierto grado de compromiso y de actuar con una razonable integridad de acuerdo a una cosmovisión y criterios morales personales. Realmente, asociamos la madurez a cierto y razonable desarrollo emocional y cognitivo, a cierto nivel de autocontrol y a cierto estado de sabiduría vital imposible de cuantificar, que tiene más que ver con Conocimiento cualitativo que con almacenamiento de información.

Asociamos madurez a la capacidad para experimentar un rico abanico emocional sin ser presa de estas formas de reacción biológicamente determinadas, lo asociamos a la capacidad para usar las emociones en favor de los proyectos, de las decisiones y de los actos que realiza cada individuo. En último término, madurez indica también la capacidad para alcanzar cierta experiencia emocional a la que denominamos extática o de trascendencia.

Partiendo ahora de mis observaciones de campo, resumiéndolas y sin entrar aquí en discusiones escolásticas de las que abundan en este campo de investigación, he llegado a la conclusión que existen tan solo siete emociones básicas que nos vienen biológicamente dadas y que son mecanismos heredados de reacción a los estímulos que nos alcanzan. Estas siete emociones biológicas son socializadas, en cada caso, siguiendo los parámetros de cada cultura específica. Luego, mediante este proceso de enculturación, las siete formas de reacción básica dan lugar a innumerables matices y sentimientos culturalmente consensuados. De ahí que forzando un poco nuestro idioma debemos distinguir entre *emociones*, como formas básicas de reacción determinadas por nuestro diseño biológico, y *sentimientos* como formas de expresión cultural de nuestros mundos interiores alimentados por el impulso emocional.

Así, en referencia a los sentimientos cabe decir que para traducirlos de un idioma a otro con frecuencia es complejo, inexacto y debemos forzar el lenguaje. Dado que el idioma es la síntesis y esencia de cada cultura, y es la cultura la dimensión que da forma a nuestra existencia, no suele permitir la traducción exacta de términos referidos a sentimientos. Un ejemplo sería el caso de la intraducible “tuza” colombiana al castellano español.

Contrariamente, las emociones permiten una traducción casi literal entre diferentes idiomas porque se trata del orden biológico. Por ello, las emociones son univer-

sal en el ser humano y, muy probablemente, extensible a otras especies de mamíferos. Pero los sentimientos son exclusivos de cada pueblo, incluso de cada época histórica de cada pueblo.

Las siete emociones básicas se van desplegando en nuestra existencia de forma evolutiva y de acuerdo a la interacción entre los estímulos externos y nuestra propia disposición interna. El orden de aparición de las emociones en nuestra existencia individual es: el miedo, la ira, el gozo de vivir, el asombro, la tristeza, el orgasmo y el éxtasis. Al nacer, todo ser humano está ya dotado para experimentar el miedo y la ira, las siente y las expresa de forma casi igual en todas las culturas: llorando, gimiendo o pataleando. Un poco más tarde, y si se sigue un proceso saludable de desarrollo individual, aparece el gozo de vivir (que no es lo mismo que la alegría, la cual es una expresión casi superficial de esta emoción que, a falta de un vocablo mejor, denomino gozo). Al año de edad, la expresión de gozo de los niños cuando han satisfecho sus necesidades básicas físicas y emocionales, es inolvidable para los padres. A los dos años aproximadamente, o un poco antes, suele desplegarse en nosotros la capacidad para asombrarnos. Un poco más tarde, podemos vivir la tristeza. El orgasmo no forma parte de nuestra experiencia emocional del mundo hasta pasada la pubertad y si el individuo está siguiendo un proceso de desarrollo realmente saludable. Sabemos que la mayor parte de sucesos traumáticos durante la infancia, o de fijaciones psicológicas no resueltas, impiden alcanzar el orgasmo al llegar a la edad adulta. Finalmente, en muy contados casos, la vida emocional se expande hasta la experiencia extática.

Éxtasis es la experiencia directa de la realidad multidimensional y misteriosa, es la experiencia emocional cumbre generadora de subjetividades y de objetividades, es la base del modo cognitivo mitopoyético y, por tanto, puede considerarse en un cierto sentido biológico como la máxima expresión de la madurez individual. Por ello, podemos plantear como hipótesis de trabajo que las culturas que favorecen la consecución real de esta experiencia en los individuos son culturas emocionalmente maduras.

Trasladémonos de nuevo al marco cultural actual y a nuestro estilo cognitivo actual. Nuestro modo cognitivo surge del modo cognitivo pespectivístico, desarrollado a partir del siglo XV. En él, las apariencias –las leyes de la perspectiva– y la teoría abstracta sustituyen lentamente la experiencia real del mundo. Como indica M<sup>a</sup> J. Buxó (BUXÓ, 1984:49 y ss.)<sup>2</sup>, la estrategia cultural derivada de la cognición pespectivista consiste en el aparentar, siendo su expresión social *el prestigio*. Es el modo cognitivo en el que los poderes abstractos del Estado y sus frías reglamentaciones legales substituyeron el estilo polisémico del *sentido del honor* como pauta para regular las relaciones sociales. En el modo cognitivo pespectivístico gana lugar la idea de prestigio social sobre la idea de modelo social. El modelo como ideal a seguir lo encarnaban los caballeros andantes, los anacoretas y místicos, y las personas inmediatas que, como los progenitores, actuaban sobre la propia vida del sujeto. En cambio, al alejarse la vida de *la apariencia de vida* y ganar ésta espacio, el prestigio se convierte en el elemento de valor social. Un factor clarificante es el hecho de que “prestigio” proviene etimológicamente de *praestigium* que significaba embaucar, engañar y de ahí el vocablo prestidigitador.

La aplicación de este paradigma pespectivístico que se centraba en un intento de comprensión homogeneística aplicada a las cuestiones humanas más complejas, ha dado lugar a paradojas en todos los ámbitos de la realidad, desde el subatómico hasta

---

<sup>2</sup> BUXÓ, María Jesús, 1984, “La cultura en el ámbito de la cognición”, en *Sobre el concepto de cultura*, vv.aa., Ed. Mitre, Barcelona.

las superestructuras sociales, económicas, políticas e ideológicas. Un aforismo de Einstein es representativo de esta situación intelectual paradójica en la que el que más sabe, menos comprende: “En la medida en que las leyes de la matemática hacen referencia a la realidad, no son ciertas; y, en la medida en que son ciertas, no refieren a la realidad”.

Esta situación que comenzó en el siglo XV, dio pie a la ciencia y a la sociedad modernas, hasta generar una crisis de confianza en la racionalidad homogeneística, estilo cognitivo que combate el uso y consumo de drogas psicoactivas, a menos que no tengan una relación directa con la producción de bienes. Es un modo cognitivo lejano e incapaz de aceptar la experiencia extática como signo cumbre de madurez y, en buena parte, responsable de la actual situación de anomia social y cultural en que vivimos, entendiendo por anomia el grave desajuste entre los fines propuestos por la cultura para ordenar la vida social e individual, y los medios para alcanzar tales fines.

En este sentido, un equilibrio útil para evaluar la madurez individual y colectiva es la necesaria armonización que ha de haber entre los fines e ideales que propone una cultura para orientar la vida humana, y los medios que dispone para ello y en los que entrena a los individuos. Cuando una sociedad o un sujeto están en una fase ordenada de su historia, los fines ideales y los medios para conseguirlos encajan razonablemente. Así por ejemplo, los fines que orientan la vida actual, vehiculados por los medios de comunicación de masas, se enclavan en el patrón consumista. Hoy día se considera que alguien cumple con la pauta social ideal cuando tiene un ostentoso vehículo último modelo, un apartamento con la última generación de electrodomésticos, puede viajar a otro continente para descansar en vacaciones —no como emigrante en busca de fortuna—, viste la moda de temporada, etcétera. La finalidad está clara para todos a partir de edades ya tempranas: ganar mucho dinero con el mínimo esfuerzo para poder ostentar. Los púberes actuales saben perfectamente la marca de zapatillas y de ropa que desean... y no suelen ser las marcas más económicas.

Por otro lado, los medios que se nos propone para alcanzar este fin se resumen en trabajar honestamente, obedecer los dictámenes cada vez más lejanos e intransigentes del Estado, no robar ni estafar, ser lo máximo de productivo en el trabajo y amable con los demás. Cualquier persona descubre pronto que siguiendo este camino de obediencia y honradez tiene muy pocas posibilidades reales de alcanzar el fin propuesto como deseable. ¿Qué hacer ante esta falta de encaje entre fines y medios? O bien incumplo los medios y me convierto en delincuente, o bien me resigno a no alcanzar jamás los fines ideales y ser alguien prestigioso. Es un doloroso caso de anomia, de poca madurez cultural.

El modo cognitivo homogeneístico, con el divorcio generado entre la realidad viva y las normas reguladoras, favoreciendo con ello todo tipo de arbitrariedades y corrupciones, han conllevado al nacimiento de una desconfianza profunda hacia la homogeneidad, desconfianza que si bien empezó en círculos intelectualmente sensibles y en movimientos contraculturales, actualmente se puede seguir su rastro en todas las esferas sociales y culturales. Desde el desconfiar de la medicina farmacológica hasta la poca credibilidad de la clase política y sindical, y, por supuesto, también hacia las leyes que pretenden regular el consumo de psicotropos.

A su vez, esta desconfianza apoya el modo cognitivo heterogeneístico como estilo de construcción de la realidad que responde a los hechos y a las cosas desde un marco más amplio: el de la vida.

La razón se debe a que el universo se parece más a la mente que a una máquina, porque el orden del universo es el orden de nuestra mente. Incluso se puede afirmar que no hay diferencia entre la mente y la materia, y que la materia o el ambiente no se expresa a sí misma excepto que por la expresión que le da la mente humana. Es

nuestra capacidad volutiva, la fuerza de la atención dirigida por la voluntad, la que, en cierta forma, hace que una energía se convierta en ondas o en partículas. Al poner esta relación de relieve entre la mente la materia, la física de las posibilidades valida científicamente la autenticidad del paradigma y del estilo cultural heterogeneístico.

Por tanto, definiendo la cultura desde el ámbito de la cognición podemos afirmar que la cultura es solo aparentemente la suma de costumbres, comportamientos, instituciones y objetos que regulan la vida de las sociedades. El núcleo fundamental de cada cultura lo constituye la forma en que cada ser humano idea sobre la realidad para producir formas de vida particulares. Por ello, debemos distinguir entre *conocimiento* y *cognición*. Mientras el primero es un resultado, una construcción cultural dada, la cognición es el proceso mental mediante el cual se organizan los datos sensoriales, emocionales e intelectivos para producir los principios y reglas que configuran el conocimiento y la realidad en que vive cada ser humano y cada pueblo.

En este sentido, la cultura es el sistema de conocimiento a partir de cuyos significados el ser humano selecciona su comprensión de la realidad en sentido amplio, así como interpreta y regula los hechos y datos del comportamiento social. Por tanto, la cultura constituye un programa de y para la acción social que actúa en el ser humano durante el proceso de socialización e interacción social adulta.

### III.

Uniendo ahora las aportaciones realizadas hasta aquí, cabe finalizar mi aportación a este simposio, resumiendo que una escala cualitativa que se mantiene como válida para evaluar la madurez de una cultura es, por el lado sociocultural, la razonable armonización entre los fines y medios para alcanzarlos que la cultura propone. En la dimensión subjetiva del ser humano, es la posibilidad de experimentar el éxtasis como índice de supremo desarrollo psicoespiritual, sin por ello evadir los problemas y peligros que conlleva la búsqueda de la experiencia extática.

El potencial con que los seres humanos nacemos se desarrolla en base a *experiencias*. Nuestra vida es un recorrido más o menos largo de experiencias que activan estructuras y factores internos, y de experiencias que, contrariamente, bloquean el despliegue de alguna de nuestras capacidades. En psicología suele hablarse de experiencias traumáticas para indicar aquellos pasajes de la vida de las personas que nos incapacitan para vivir de forma saludable alguna de nuestras dimensiones naturales sea la sexual, la social, la vida íntima interpersonal, el desarrollo intelectual u otras. Pero pocas veces se habla en psicología de lo que aquí denominamos *experiencias activadores estructuras*, expresión más exacta que la habitual de ritos iniciáticos o ritos de paso para referirse a estas experiencias que ayudan, empujan e incluso dan forma al despliegue de estas capacidades que nos vienen innatamente dadas y que nos definen como especie.

La capacidad para experimentar la vivencia extática, entendiendo el éxtasis como la emoción que se genera al fusionarse conscientemente el sujeto con el entorno y permite al sujeto experimentarse a sí mismo con la máxima objetividad, es la experiencia emocional y existencial que prácticamente buscan todos los pueblos de la Tierra a partir de una cierta madurez social, y para ello se han usado y se usan drogas psicoactivas, incluyendo entre ellas un pautado uso de la MDMA. Por tanto, la experiencia extática puede ser considerada como resultado de un correcto, saludable, armonioso y completo despliegue de nuestras capacidades.

Las drogas psicoactivas han servido desde tiempos inmemoriales, y siguen sirviendo en la actualidad, como herramienta en esta búsqueda de la trascendencia por

medio de la experiencia estática. Podemos mencionar desde los restos de opio identificados por nuestros arqueólogos entre los dientes de un cráneo neolítico cerca de Barcelona hasta el vino de la misa católica, desde el peyote mesoamericano a la ayahuasca amazónica, desde la amanita muscaria del septentrión europeo a las múltiples técnicas yóguicas o sufíes, etc.

Así pues, para acabar, se puede decir que toda sociedad debe preguntarse sobre su madurez, sobre su capacidad para la experiencia extática y la forma de tomar drogas, y esta cuestión no ha de ser una pregunta sino la respuesta misma.

---

---

  

---

---